

Espiritualidad en la vida cotidiana

José María Tojeira, sj.

Ante la invitación de reflexionar brevemente sobre la espiritualidad de la vida cotidiana hay que repetir la frase de Rahner, que se cita de nuevo en el documento preparatorio de la Conferencia Episcopal Latinoamericana que se tendrá en Aparecida. En ella se afirma que los cristianos del futuro, o serán místicos, o no serán cristianos. Y místico en definitiva es aquel que parte del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, y convierte ese amor en fuente de todo su accionar: "Muéveme, al fin, tu amor y en tal manera, -que aunque no hubiera cielo, yo te amara-, y aunque no hubiera infierno te temiera"¹.

1. Espiritualidad inserta en la realidad

Ello nos lleva a reflexionar en cómo se puede ser un místico en medio del tráfico actual de la existencia, sin retirarse del mundo, de su tráfico y velocidad tantas veces alocada. En general tenemos la tendencia a considerar místico a quien se aleja de la realidad. Al "sabio que se retira -de aqueste mundo malvado-, y con pobre mesa y casa - en el campo deleitoso -con solo Dios se acompasa- y a solas su vida pasa - ni envidiado ni envidioso"². Sin embargo, el mundo de hoy no le pide a los cristianos el alejamiento de la realidad, sino la presencia constante y el testimonio valiente en medio de la misma. En efecto, el Concilio Vaticano II nos recuerda hoy que "la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia

* Jesuita. Pertenece al Consejo de Redacción de Diakonia.

¹ Soneto anónimo del s. XVI

² Fray Luis de León, fragmento de la décima compuesta en la cárcel cuando estuvo detenido por la Inquisición.

humana". Y continua poco más adelante: "Los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado en la tierra en el Espíritu del Señor, y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz"³.

La mística no debe partir de una huida, sino de una mirada trasfigurada al mundo en que vivimos. A nuestra propia vida personal y a la vida de nuestros prójimos. A nuestra realidad de seres dialogales, en relación siempre con los otros, y en relación también con la casa que habitamos, con el mundo como morada de todos. "Así, pues -nos dice Pedro Trigo- el santo y seña del Concilio es salvar al mundo desde nuestra pertenencia a él. Al mundo se lo salva responsabilizándose de su suerte, es decir, implicándose en ella, asumiéndola como nuestra"⁴. Ello no excluye el encuentro consigo mismo, en ese silencio de la noche oscura ("estando ya mi casa sosegada", que decía Juan de la Cruz⁵), o incluso en ese silencio existencial del mundo moderno que retoman algunos poetas diciéndole al silencio de la existencia que "casi eres mi Dios - y casi eres mi padre cuando estoy más oscuro"⁶.

2. Que parte del propio yo

Para lograr esta mirada trasfigurada del mundo, el cristiano debe ser consciente de su propia realidad. Somos seres amados y llamados desde la eternidad (desde la transcendencia amorosa de Dios), e hijos de una promesa que nos impele a la construcción de un futuro mejor. Seres amados individualmente y en plural, colectivamente. Que nos relacionamos con Dios como el Tú fundamental de nuestra existencia, pero que cuando queremos pedirle algo fundamental, le hablamos

³ GS 39

⁴ Espiritualidad conciliar, pg 143

⁵ Noche Oscura, último verso de la primera y segunda estrofa

⁶ Gonzalo Rojas, Al silencio

llamándole Padre nuestro. Caer en la cuenta de esta realidad para el cristiano es simplemente lo que los teólogos llaman "gracia". La capacidad, en definitiva, de entender a Dios como la fuente de todo amor, y al prójimo como a alguien con un carácter sagrado.

Amados desde el pasado, e hijos de la promesa, no cabe en nosotros, sino la atención a la Palabra y al prójimo. Esa atención que es preocupación, que es escucha, que es disponibilidad y apertura en un presente de permanente compromiso, donde el pasado nos exige amor y el futuro nos pide construcción de un mundo más humano. Así el cristiano, puede y debe hacer suyas las palabras de una filósofa del siglo XX que decía: "Lo primero que se ha de advertir es que no solo el futuro, sino también el pasado se ve como una fuerza, y no, como en casi todas nuestras metáforas, como una carga que el hombre debe sobrellevar y de cuyo peso muerto el ser humano puede, o incluso debe, liberarse en su marcha hacia el futuro. Además, ese pasado que remite siempre al origen, no lleva hacia atrás, sino que impulsa hacia adelante y, en contra de lo que se podría esperar, es el futuro el que nos lleva hacia el pasado"⁷. Porque es precisamente esa fuerza de Dios manifestada en Jesucristo, la que convierte para nosotros el pasado en futuro esperanzado.

3. Que opta por la vida

En nuestra vida latinoamericana esta atención al prójimo y esta construcción de un futuro denodado pasa por la preocupación por la realidad y por cargar con esa misma realidad. "La honradez con lo real, la fidelidad a lo real y dejarse llevar por lo real son, creemos, actos de espíritu que de una u otra forma, por acción u omisión, realiza todo ser humano"⁸. Y esa honradez con lo real, que a los cristianos nos pide el Espíritu del Señor, nos lleva a optar por la vida. No sólo porque la vida es don de Dios, sino porque en nuestra propia realidad encuentra toda una serie de amenazas, que son también obstáculos para la construcción del Reino prometido. Como diría Roque Dalton, "tenemos

⁷ Hanna Arendt, Entre el pasado y el futuro, pg 16

⁸ Jon Sobrino, *Mysterium Liberationis* II, pg 458

antes, en verdad, muchas muertes más importantes que la nuestra”⁹. La situación de disparidad e injusticia en la apropiación de la riqueza que creamos entre todos, el hambre, la enfermedad, la baja escolaridad, la delincuencia desatada, la corrupción estatal y la indiferencia de las instituciones ante la vida del pobre, crea demasiada muerte entre nosotros. Descubrir los rostros crucificados del Señor en tantos rostros de hermanos nuestros como decía el CELAM en Puebla, es indispensable para una espiritualidad cristiana hoy. Disponerse a servir al prójimo sin miedo, “sin que la muerte al ojo estorbo sea”, en frase de los clásicos, es el fruto de ese saber contemplar la realidad amorosamente, espiritualmente. Disfrutar más con el dar que con el recibir es tarea evangélica. Darse a los demás es el camino; y en el darnos a los más pobres “más que realizar una obra de misericordia, cumplimos con una deuda de justicia”¹⁰.

La mirada al Evangelio y al pobre, simultáneamente, nos hace caer en la cuenta que la salvación, la liberación de la injusticia, se construye desde lo sencillo y humilde, desde dentro de los problemas y desde abajo. No es la ética cristiana una ética de la compasión ilustrada del poderoso, que desde su visión superior y sus buenos sentimientos, trata de hacer algo por el que sufre. Sin despreciar los sentimientos de nadie, el cristiano sabe que la verdadera sabiduría viene de lo sencillo, de lo que está abajo y muchas veces excluido de nuestras sociedades. Las palabras paulinas sobre la locura de la cruz debían hacernos reflexionar mucho más en cada paso que damos en favor de nuestros hermanos y en el modo en que lo damos. La espiritualidad latinoamericana hoy nos pregunta si creemos profundamente en una de las ideas básicas de Pablo: Que “Dios ha elegido lo que el mundo tiene por necio, con el fin de avergonzar a los sabios; y ha escogido lo que el mundo tiene por débil, para avergonzar a los fuertes. Dios ha elegido a la gente común y despreciada; ha elegido a lo que no es nada para rebajar a lo que es. Y así ningún mortal podrá ya alabarse a sí mismo delante de Dios” (1Cor. 1, 27-29). En una bella poesía latinoamericana, el poeta brasileño Joao Cabral de Melo responde a través de un humilde carpintero, que acaba

⁹ No pronuncies mi nombre, Poesía completa I, pg 428

¹⁰ San Gregorio Magno, PL 77, pg 87

de tener un hijo, a la pregunta de "si no vale más saltar - fuera del puente y la vida". Y la respuesta es la de ver con humildad y alegría a la misma vida brotando, estallando, naciendo en un niño indefenso en medio de las dificultades y la pobreza. "Y no hay respuesta mejor - que contemplar a la vida... - verla brotar como ahora - estallando en nueva vida; - incluso si la explosión - es, como esta, tan chica; - hasta si es una explosión, - como la de ahora, canija; - incluso si es la explosión - de una vida severina"¹¹. Desde la cercana contemplación de la Navidad no podemos dudar de eso; es desde la explosión de la vida en lo sencillo desde donde viene la salvación.

4. Que lucha contra todo lo que se opone a la vida

Pero no basta contemplar la pobreza y creer en ella. La espiritualidad y el seguimiento de Jesús nos lleva a comprometernos en la lucha contra toda injusticia. Desde la construcción de una nueva conciencia en la que la igual dignidad humana, la libertad y la solidaridad sean la base de la convivencia, y desde una acción comprometida en la defensa y apoyo de los derechos y las causas de los pobres. Desde la fe en Dios y desde la confianza en los deseos de verdad y de vida que nacen de nuestro pueblos. El cristiano debe así, desde su propia espiritualidad comprometida con los más sencillos, escribir una nueva historia, escrita "desde la vida, - desde su grito poderoso, - desde la historia, - no desde su verdad acibillada, - desde la faz del hombre, -no desde sus palabras derruidas, - desde el desierto, - pues de allí ha de nacer un clamor nuevo, - desde la muchedumbre que padece - hambre y persecución y encontrará su reino, porque nadie podría arrebatárselo"¹². Frente al manoseo y la manipulación de todo tipo que se hace con la vida de los pobres, la respuesta cristiana no siempre tiene que ser agradable. La injusticia tiene nombre y la ciudad de Dios y la ciudad mundana se enfrentan en la historia a través de estas sociedades mezcladas en que vivimos, que diría San Agustín, peregrinas hacia un

¹¹ De muerte y vida severina, Auto de Navidad pernambucano. La vida severina hace alusión a la vida del campesino pobre que emigra a la ciudad y se encuentra que solo la muerte es negocio para los pobres en la misma.

¹² José Ángel Valente, Sobre el tiempo presente

futuro que es de Dios y que viene como gracia y que nadie nos podrá arrebatarnos. Pero que también gime y sufre dolores de parto y que “ansía la manifestación de los hijos de Dios” (Rom 8, 19) en medio de un mundo demasiado corrompido por el afán de poder y por esa “ambición que es la raíz de todos los males” (1Tim. 6, 10).

La experiencia martirial es en este contexto fuente de ánimo y resistencia. Porque en definitiva el seguimiento del amor de Cristo lleva a estar dispuesto a dar la vida por el hermano (1Juan 3, 16; Juan 15, 13). Y aunque el martirio “es don concedido a pocos, sin embargo todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres, y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia”¹³. La enorme cantidad de testimonios martiriales en América Latina no puede estar en ese sentido alejada de nuestra propia realidad cotidiana. Debe convertirse en estímulo para seguir a Cristo en la radicalidad de la entrega al hermano y a la hermana en el día a día sencillo de cada uno.

La vida construida sobre el Señor, la espiritualidad cotidiana, nos lleva por supuesto a las virtudes cristianas tradicionales. Pero nos debe llevar sobre todo a un permanente estado de alegría. No a una alegría loca o superficial, más basada en el grito y en el anhelo de desahogo que en el realismo de “la esperanza contra toda esperanza humana”. Sino a esa alegría que nace en medio de la “noche oscura” de las masacres y la brutalidad humana, pero que descubre al Señor como promesa de justicia para la víctima, como resurrección de toda semilla de amor plantada en la existencia, como amigo y como fuerza en la oración y en la confianza, en la lucha y en la solidaridad entre los hombres y mujeres de buena voluntad. Esa alegría que es fruto de una reconciliación consigo mismo, con Dios y con el mundo que nos rodea.

San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, llegaban al final de sus itinerarios personales, doloroso en muchos aspectos, y conscientes del pecado y la propia limitación humana, a ver hermandad en todo lo creado, a ver a Dios en todas las cosas, o a explotar en el grito reconciliado con la naturaleza de “gocémonos

¹³ Vaticano II, Lumen Gentium, 42

amado, - y vámonos a ver en tu hermosura - al monte o al collado - do mana el agua pura; - entremos más adentro en la espesura”¹⁴. El místico no es el que más o mejor habla de Dios, sino el que refleja, a través de la alegría profunda de la fe, que confía en la superación del problema del mal vivido en carne propia y prójima. “El habla porque ha atravesado el silencio del desierto, la opacidad de la noche. El se ha experimentado, puesto a prueba, en los rechazos; él no ha comprendido lo que sucedía, él no supo por qué todo camino se le cerraba. Pero su agostamiento ha balbucido palabras lejanas: que se han hecho muy cercanas, en él que las esperaba”¹⁵. Palabras que al convertirse en cercanas, y al resonar en lo más íntimo de su humanidad, reconcilian con la realidad creada y convierten a quienes las escuchan en testigos de un mundo nuevo que comienza a brillar ya en la resistencia de la vida, en la fuerza del amor, en la alegría del darse a los demás.

5. Que camina segura del triunfo final

La espiritualidad de la vida cotidiana debe estar en ese sentido impregnada de futuro y de utopía. No entendiendo la utopía como un futuro cerrado y perfecto, sino como el deseo de mantener abiertas siempre alternativas que mejoren y cambien la realidad. Nuestra utopía trasciende la realidad terrena, pero construye aquí caminos hacia ella. No se agota en un modelo, sino que sabiendo que existen limitaciones está siempre en búsqueda y al mismo tiempo en realización concreta. Como en las peregrinaciones, ningún lugar es tan deseado como el lugar final. Pero los caminos pueden ser disfrutados, construidos, reconstruidos, mejorados, permanentemente. “La utopía actual no es el proyecto completo y definitivo de una sociedad apartada felizmente de la historia, sino la conciencia mantenida de que las cosas que hacemos, nuestros proyectos y opiniones, podrían ser mejores de otra manera y de que es bueno mantener esa probabilidad abierta aun cuando estemos casi seguros de que nuestra posición es inmejorable”¹⁶.

¹⁴ San Juan de la Cruz, Cántico espiritual

¹⁵ Henri Laux, *Le Dieu excentré*, pg. 106

¹⁶ Diccionario de la Solidaridad, Daniel Innerarity, *Utopía*, pg 508

La utopía cristiana une el realismo de quien sabe de nuestra materia pecadora con la confianza segura en el Señor. “Caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma”¹⁷, se decía a sí mismo D. Quijote al iniciar sus aventuras. Peregrino en la vida, el cristiano es el que conoce que al final seremos juzgados por el amor que hayamos tenido, y que solo el amor y la misericordia persistirán como realidad creada. Lo demás caminará indefectiblemente hacia el vacío y hacia la muerte, por mucha atracción, fuerza, ruido y confusión que haya manifestado en la historia humana. Por eso, con sencillez pero con energía, el cristiano camina con la frente en alto, disfrutando de la solidaridad, del encuentro, de la planificación cuidadosa y compartida de un futuro más humano, levantando su espíritu a la esperanza, y manteniendo, incluso en los momentos más terribles, siempre firme la fe en Aquel que nos decía: “Cuando se presenten los primeros signos (de terror apocalíptico), álcense y levanten sus cabezas; se acerca el día de su liberación”(Lc. 21, 28).

¹⁷ D. Quijote de la Mancha, Primera parte, cap. I